

tigre, cuya piel rayada sirve para diversos usos industriales, y enormes tortugas marinas.

La pesca de los rios que nos es mejor conocida, se hace de diferentes maneras á cual mas ingeniosa: la pesca con cuervos marinos, descrita ya por muchos viajeros; la pesca con fuego, con tridente, con armadijos de junco y con red. Pónense tambien otros artificios en las corrientes del agua en la época de las emigraciones de los peces viajeros. El Pei-ho, pobla-



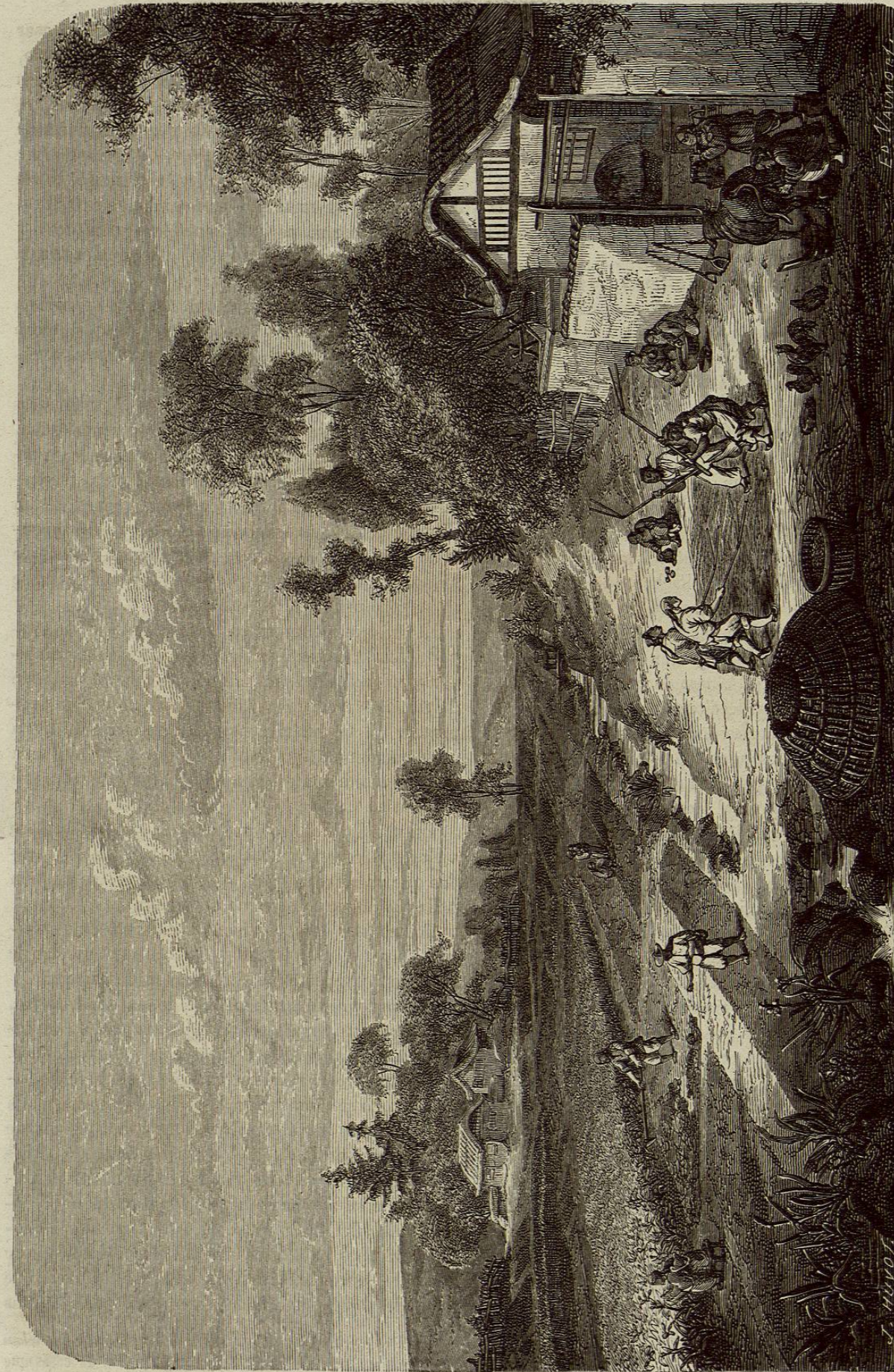
Ed. 2.
El maestro de escuela de Chah-ho.

mientes que ocupan todo el fondo del rio y que se anuncian por señales flotantes por aquí y por allá; algunos descienden por la corriente manejando el harpon atado á la muñeca con una fuerte cuerda. Para no espantar la pesca construyen balsas compuestas de dos maderos ligados entre sí por travesaños de palo, en forma de escala. La delantera termina en punta, y en la parte posterior, que es cuadrada, hay un pagai con que se gobiernan. Por un milagro de equilibrio, logran sostenerse derechos con un pie en cada madero, y con el brazo armado del tridente, siempre en disposicion de herir al pez, que duerme al

do de pescadores, ofrece la vista mas animada: véñse familias enteras ocupadas en sus barcas; las mujeres componen las redes, fabrican los armadijos, salan la pesca, separan en vasijas á propósito los peces que quieren conservar vivos; los niños, protegidos por unas nadaderas de vejigas de cerdo infladas y prendidas á la cintura, corren por el bordaje y trepan como gatos á los mástiles; los hombres, unos sumergen sus armadijos, otros reconocen las redes dur-

sol entre dos aguas. Es un agradable espectáculo el cuadro de estos pescadores, bajando la corriente del rio en sus frágiles esquifes. Llevan en la cabeza un gran sombrero de paja y visten una tunique corta de un impermeable tejido de junco y unas enagüetas de hojas de caña. Sus piernas y brazos quedan desnudos, ostentando su vigorosa musculatura; sus rostros enérgicos y tranquilos revelan su familiaridad con el peligro.

Sin embargo, sucede alguna vez que la presa haponada tiene mas fuerza que el pescador, y haciéndole perder el equilibrio, lo precipita al agua, donde



Escenas rústicas en el Pe-tohe-li.

no tiene otro recurso, sino quiere ser arrastrado al fondo, que cortar la cuerda del harpon, atada á su muñeca. Como son todos excelentes nadadores, rara vez se oye hablar de accidentes desgraciados. Por la noche se oye un ruido extraño en el río, iluminado por antorchas de resina. Los pescadores recorrian las aguas en todas direcciones, redoblando estrepitosamente unos tambores de palo, á fin de espantar la pesca hácia los parajes donde tienen tendidas sus redes.

En medio de estas variadas escenas, y á la una de la tarde, llegaron los viajeros europeos á *Cha-ho*, población algo importante y murallada como todas las del Norte de la China, con un arrabal situado entre los dos brazos del río *Cha-ho* (río de Arenas), pequeño afluente del *Pei-ho*.

A nuestra llegada á *Cha-ho* íbamos todos sofocados de calor: 18 kilómetros de camino á caballo bajo la influencia de un sol ardoroso me hacian ya desear descanso. A la entrada del pueblo fuimos á llamar á una casa bastante grande para pedir hospitalidad. Era una escuela mutua, porque se oía en ella el gangueo de los muchachos que repetian en voz alta sus lecciones. El maestro de escuela, chino regañon, espantado de mi presencia, se interpuso en la puerta en actitud de no querer dejarme entrar. En fin, incorporándose el grueso de nuestro ejército, y en virtud de las esplicaciones en chino castizo de Mr. Wade, metamorfoseándose mi regañon súbitamente, dobló en dos su enjuta espina y me introdujo con mil saludos y zalemas al aposento de sus mujeres, pieza situada en el fondo de la clase.

Allí ya, y antes de haber tenido tiempo de hacerme cargo, fui apresada por sus mujeres y llevada á fuerza de brazos al *kang* ó lecho de reposo, donde apenas me recliné, fui obsequiada con el eterno té.

Entreguéme luego á una dulce somnolencia, cuando un pensamiento punzante vino á devolverme toda mi energía. Estaba acostada en un monton de harapos de todos colores, y ciertamente el *kang* debía estar habitado por malos huéspedes. Me levanté sin dilacion, á pesar de las protestas de mis chinas, y fui á sentarme bajo las galerías del patio.

Después de todo, este inconveniente, es inevitable en las casas chinas, y yo debía tomar mi partido.

A eso de las tres, y cuando ya hube descansado, monté en mi litera y volvimos á emprender la marcha para llegar á la ciudad de *Tchang-ping-tcheu*, á donde hemos llegado esta tarde á las seis y media. En el camino ha soplado el aire con ráfagas tan fuertes que las mulas de mi litera apenas podian andar.

Entre *Cha-ho* y *Tchan-ping-tcheu*, continúa el país llano y estremadamente monótono, pero es de los mejor cultivados: los campos de tabacos, trigo, maiz y sorgo, se suceden alternativamente, interrumpi-

dos á intervalos por acequias de irrigacion. Al caer la tarde, ya se conocia la proximidad del pueblo, por la espesa agrupacion de grandes y bellos árboles que formaban en el horizonte una sombría cortina, interrumpida de vez en cuando por las cúpulas de los pagodas y templos.

Es una cosa notable esto de los árboles en el Norte de la China; tan raros en el campo, donde se les destruye para que no perjudiquen á la agricultura, y tan numerosos en las ciudades, á las cuales dan la perspectiva de grandes parques.

Pekin, mas que ninguna otra ciudad, se asemeja á un gran bosque, cortado por rios y lagos: entre sus ramas y umbrías desaparecen casi todas las construcciones.

Tchan-ping-tcheu está situado á los 39 kilómetros Oeste-nor-oeste de Pekin: aunque de segundo orden, es una ciudad importante, como lo espresa la terminacion *tcheu* (1). Situada en medio de un país completamente llano, no lejos de las márgenes de un afluente del *Pei-ho*, que ciñe un bello y sólido puente de piedra, *Tchang-ping-tcheu* es una ciudad de formas regulares y relativamente limpia: cuéntanse en su seno unos 40,000 habitantes.

Entre otros monumentos, se nota en la plaza mayor á donde vienen á confluir las cuatro calles principales, un bellissimo arco triunfal de piedra, cubierto de extrañas esculturas, que fue erigido por un emperador de la dinastía mandchú en memoria de un gran mandarin, hijo de esta ciudad. En China esta clase de monumentos reemplaza á las estatuas que se dedican en Europa á los hombres ilustres.

Un mandarin de la escolta habia precedido á los viajeros para preparar los alojamientos: las dos posadas que para tanta gente se dispusieron, no dejaron nada que desear en cuanto á limpieza.

Todos estos establecimientos chinos están contruidos por el mismo plan y creemos oportuno dar de ellos, una vez por todas, una sucinta descripcion.

Compónense invariablemente de un cuadrilátero, que segun su importancia comprende uno ó dos patios trazados por series de aposentos de un solo piso. El segundo patio está reservado á los viajeros de distincion. La parte anterior de la posada está ocupada por cobertizos y galerías, donde hay una porcion de mesas para servir el té. Un gran pórtico, á cuyos lados están las cocinas y la fonda, conduce al primer patio en que hay un pozo ó cisterna para el consumo del establecimiento. A todo alrededor se estienden unos caballetes que sostienen gamellas de madera, donde cada viajero deposita la racion de paja de sorgo y afrecho, mezquino pasto de sus

(1) *Fu*, en chino designa una ciudad de primer orden, *tcheu* de segundo, *hien* de tercero. Toda agrupacion de casas que constituye una ciudad, está siempre circuida de murallas.

animales: en el Norte de la China es casi imposible procurarse un puñado de avena.

No estando atadas las bestias, andan á su libertad toda la noche relinchando, coceando, peleando al lado de sus dueños, que duermen á pierna suelta á pesar de este ruido.

Notemos, sin embargo, que por una invencion que demuestra la paciencia de observacion de los chinos, han encontrado el medio de reducirlos al silencio: les levantan la cola y la fijan con una correa á un palo atado á la grupa: en este estado, el animal mas inquieto permanece callado y no turba el reposo desu amo.

Mientras que la caravana estuvo en territorio chino, los mandarines de la escolta tenian cuidado de hacer evacuar anticipadamente los aposentos posteriores al patio, completamente reservados á los viajeros europeos, que encontraban allí dispuestos sus lechos de viaje y una cena medio civilizada.

En cuanto al séquito, chinos de todas categorías se acomodaban en los sitios libres, ó bien se tendian envueltos en las cubiertas de sus monturas en las esteras de los dormitorios.

Estas posadas, cuya entrada se anuncia de noche con enormes linternas de color, tienen grandes carteles con letras de 2 pies lo menos.

Léense en ellos inscripciones como ésta:

«Posada de las buenas relaciones sociales; se alojan huéspedes pasajeros; se admiten encargos para todo negocio y se garantiza el éxito.»

O bien así:

«Posada de la virtud recompensada. Weicho vende barato y compra caro.»

Júzguese por estas inscripciones, fielmente traducidas, de la ingenuidad de los posaderos chinos.

Es un espectáculo curioso para un europeo la agitacion y el ruido de estas hosterías á la caída de la tarde, sobre todo en las grandes ciudades de la Mongolia: los viajeros van y vienen pidiendo las noticias que le incumben, los conductores de bagajes disputan, el mesonero grita, los criados repiten sus órdenes, los mozos de la fonda cantan agudamente el servicio del establecimiento, los mendigos demandan caridad, los carreteros y los camelleros juran junto á sus animales que responden cada uno en su lenguaje, mientras que todos los perros de la vecindad ladran, disputándose los huesos y despojos de las cocinas.

XXV.

DE TCHANG-PING-TCHEU Á SUAN-HOIA-FU.

Visita al sepulcro de los *Ming*.—Monolitos.—Magnífico panorama.—El gran anden de las figuras de animales.—Arcos de triunfo.—Almuerzo sobre las piedras sepulcrales.—Recinto de los monumentos funerarios.—Gran mausoleo de mármol.—Maravillosas esculturas.

La noche pasó sin acontecimiento notable en

Tchang-ping-tcheu y la mañana siguiente á las siete y media, montaron á caballo los viajeros para ir á visitar el sepulcro monumental de los emperadores de la dinastía de los *Ming*. (Ta-ming-feuti) situado á 11 kilómetros al Nordeste.

«No podíamos pasar tan cerca de esta aglomeracion de monumentos que nos habian elogiado en Pekin, como uno de los mas bellos ejemplares del arte chino en el siglo XVII sin detenernos á visitarlos. Nosotros seremos los primeros europeos que pisen con sus profanos pies las sepulturas de los príncipes de esta gran dinastía.

Hemos partido esta mañana con un tiempo magnífico y bajo la direccion de un mandarin de *Tchang-ping-tcheu*.

Al salir de la ciudad en la direccion del Noreste, comienza el país á accidentarse: la vista se alegra abarcando las colinas, cubiertas de verdes árboles, pinos y cedros entremezclados con rocas de granito; las orillas del camino plantadas de higueras que agitan al viento sus grandes penachos verdes.

Poco despues descendemos á un hondo camino, donde nada se ve, sino dos altas murallas de tierra amarilla.

El camino continúa así por algun tiempo hasta una enrucijada á que se llega por un puente deruido que cruza un torrente rocalloso.

En una altura inmediata vimos una agrupacion de monolitos gigantescos de piedra sillar y de una arquitectura extraña.

Seis toscas piedras de una sola pieza, forman sus columnas, que estriban en pedestales cuadrados, cubiertos de esculturas mitológicas y decorados con figuras de leon de tamaño natural.

Estas seis columnas están coronadas por doce piedras de la misma dimension, puestas á plomo y apoyadas en zócalos de mármol, de modo que forman cinco aberturas cuadradas, de las cuales las mas bajas son las de las dos estremidades y la mas alta la del medio.

Por cima de cada abertura hay cinco techos á la chinesca, cubiertos con tejas barnizadas y doradas, y sobre cada columna, para cubrir el vacío, otros tres techos en miniatura, contruidos por el mismo modelo.

Este monumento tiene poco espesor: sus piedras son inmensas, pero planas; lo que hace el efecto de una decoracion de madera como las de nuestras fiestas públicas.

Esto es la entrada al sepulcro de los *Ming* y el punto de partida de un camino que se estiende hasta perderse de vista por medio de una llanura árida y escueta.

Al dominar la escarpa, vemos dibujarse envuelto en lejanas brumas un grande anfiteatro de colinas cubiertas de bosque.

Los chinos son grandes maestros en el arte de decorar, y han colocado estos monolitos para llamar la atención y no para hacer adivinar las magnificencias que esperan al curioso; no hay duda que han sabido graduar la sorpresa en todo este conjunto extraordinario de construcciones.

La colina se deprime desde el monumento que acabamos de visitar y el gran camino se eleva gradualmente por encima de las llanuras circunvecinas.

Recorremos así un espacio de unos 600 pasos y poco á poco el horizonte se ensancha ante nosotros: salvamos en fin una brusca depresión de terreno y un grito de admiración se escapa de todos los labios.

Hacia nuestro lado y abajo, la colina aparece cubierta de monolitos de todas formas y tamaños. Por delante de nosotros se eleva un arco triunfal de mármol blanco con tres puertas monumentales: la del centro deja entrever un verdadero ejército de mons-



Desfiladero de Tcha-tao. —De fotografía.

truos gigantes, colocados en dos filas á lo largo del camino, cuya entrada parecen defender. Mas lejos, al extremo de este camino que se eleva á grande altura, aparecen otros arcos de triunfo: despues sobre una colina que parece hecha á pico á la distancia en que estamos, y en medio de un mágico anfiteatro de bosques de pinos seculares, se extienden hasta perderse de vista una reunion grandiosa de templos, de kioskos, de pagodas. En fin, el magnífico panorama está coronado por las cúpulas de un vasto edificio de mármol blanco que domina todo el paisaje: las doradas tejas de todos estos edificios, brillan al sol

en bello contraste con el verdor y sombras de los árboles.

Pero muy luego somos llamados á la realidad por la inusitada inquietud de nuestros caballos.

En el momento en que la cabalgata desemboca en el amplio andén de los monstruos, no somos dueños de los brutos, que recelan y resoplan asombrados á la vista de las figuras de piedra: algunos de nosotros va mal de su grado á parar al campo al galope de su cabalgadura; otros se ven precisados á echar pie á tierra y conducir las suyas de la brida; los mas afortunados pasan cubriéndoles los ojos.



Pesca en el Pe-tche-li.